



Luego que se habia explicado el verdadero sentido literal, entonces permitia sacar moralidades y hacer aplicaciones; y aun asi queria que fuese con mucha discrecion sin traer las figuras por los cabellos: de lo contrario las llamaba figuras desfiguradas y moralidades semejantes al repique de campanas, á las que se hace decir lo que se quiere.

Véase aqui un ejemplo de su puntualidad en esta parte. Predicando yo un dia delante de él me aconteció aplicar al contagio de las malas compañías este dicho del profeta: *Cum sancto sanctus eris, et cum viro innocente innocens eris, et cum electo electus eris, et cum perverso perverteris* (salmo 17, v. 26 y 27); lo cual se dice con bastante frecuencia.

Al instante eché de ver que el santo no estaba contento, y cuando nos hallamos solos me preguntó por qué habia dado tormento á aquel pasaje sabiendo que no era ese su sentido literal. Le dije que era por alusion. Asi lo entiendo bien, repuso; pero á lo menós debia V. decir que no era aquel el sentido literal, supuesto que á la letra se entiende de Dios que es bueno, esto es, misericordioso con los buenos, y malo, esto es, severo con los malos, castigando con el mal de pena á los que cometan el mal de culpa.

Júzguese por aqui cuán exacto era cuando él trataba la divina palabra, supuesto que lo era tanto para con los otros, siendo incomparablemente mas indulgente con los demás que consigo mismo.

N.º 2.

Brevidad de los sermones.

Aprobaba sobremanera la brevedad en los sermones, y decia que la prolijidad era el defecto mas general de los predicadores de su tiempo.

¿Llama V. esto un defecto? le decia yo: ¿y da V. el nombre de escasez á la abundancia?

Cuando la viña, replicaba, produce muchos sarmientos, entonces es cuando lleva menos fruto. La muchedumbre de palabras no produce grandes efectos. El buen S. Francisco de Asis manda en su regla á los predicadores de su orden que sean breves.

Creame V., digo esto por experiencia y dilatada: cuanto mas diga V., menos retendrá el auditorio, y cuanto menos diga V., mas aprovechará aquel. A fuerza de cargar la memoria de los oyentes se destruye, como se apagan las lámparas echándoles demasiado aceite, y se sofocan las plantas con el riego excesivo.

Cuando un discurso es largo en demasía, el fin hace olvidar el medio, y el medio el principio.

Los predicadores medianos son pasaderos con tal que sean breves, y los excelentes molestan cuando son demasiado largos.

Su máxima era que se ha de decir poco y bueno. Asi no solamente queria que se dijese pocas cosas, sino útiles y bien escogidas; para lo cual encargaba que se atendiese á las homilias de los antiguos, breves en palabras y llenas de pocos documentos; pero importantísimos.

Aprobaba la regla siguiente, y deseaba que la siguiesen todos los predicadores: *Hora integra inepto prædicatori prælonga, idoneo satis longa videtur: tres horæ quadrantes à bonis æstimatoribus horæ integræ præferuntur* (1).

(1) Fr. Juan de Jesus y María, carmelita descalzo, en sus opúsculos espirituales.

N.º 3.

Auditorio poco numeroso.

Cuando al subir al púlpito, decia, vea V. poca gente, y el auditorio sea escaso, reciba V. gran contento.

Pero una vela, le decia yo, no se gasta mas por alumbrar á muchas personas que por alumbrar á pocas; y en las aguas abundantes es donde puede hacerse mayor pesca.

Una experiencia de treinta años en este ejercicio, me respondia, es la que me hace hablar así, y siempre he notado mayores efectos para el servicio de Dios en los sermones que he predicado á poca gente, que en las grandes concurrencias.

Cuando yo era preboste (1), me envió el obispo mi antecesor con otros eclesiásticos á predicar en el Chablais. Todavía no podíamos ejercer el ministerio de la religion católica en las poblaciones, porque estaban llenas de hugonotes, y nos saliamos á algunas capillas bastante distantes á celebrar nuestras reuniones y ejercicios de piedad.

Un domingo que hacia muy mal tiempo, solo concurren siete personas á oír mi misa. Yo acostumbraba predicar siempre despues; y en aquella ocasion como habia tan pocos oyentes, me dijo uno que no me molestara en predicar. Yo respondí que ni los muchos oyentes me alentaban, ni los pocos me desanimaban, y que con tal que saliese edificado alguno, bastaba.

Subí pues al púlpito, y me acuerdo que mi sermón versaba sobre la oracion á los santos, y traté

(1) Así se llama el dean del cabildo de Annecy.

este asunto muy sencillamente y sin forma de controversia, porque V. sabe que no es mi costumbre, y no me gusta nada que huele á disputa. Yo no decia ninguna cosa patética ni vehemente; sin embargo uno de los concurrentes, y no de los menos notables, empezó á llorar con mucha amargura y aun á sollozar y suspirar recio. Creí que se habia puesto malo y le manifesté que no se violentara, diciéndole que yo estaba pronto á suspender el sermón y á servirle si lo necesitaba. Me respondió que estaba bueno en lo físico, y que continuase yo hablando porque aplicaba el remedio en el paraje donde estaba la enfermedad.

Acabado el sermón, que fue muy breve, vino á echarse á mis pies gritando en alta voz: «Señor preboste, señor preboste, V. me ha dado la vida y ha salvado hoy mi alma. ¡Oh! bendita sea la hora en que he venido y he oído á V.: esta hora me valdrá una eternidad.» Y acto continuo contó delante de la gente que habiendo conferenciado con algunos ministros (protestantes) sobre la oracion á los santos, se la habian pintado como una horrible idolatría, tanto que habia señalado el jueves siguiente para abjurar la religion católica y volver á ellos (porque era un nuevo católico recién convertido): luego añadió que se habia instruido tan bien con el sermón que acababa de oír y se habia curado tan bien de todas sus dudas, que detestaba de buena gana la promesa hecha á los ministros hugonotes, y protestaba de nuevo obediencia á la iglesia romana.

No puedo decir á V. la impresion que este gran ejemplo ocurrido en una reunion tan corta causó en toda la comarca, y cuántos corazones hizo dóciles y capaces de recibir la palabra de vida y verdad.

Pudiera citar á V. otros semejantes y aun mas notables, que me han dado tanto cariño á las reuniones

escasas, que nunca estoy mas contento que cuando subo al púlpito y veo poca gente.

N.º 4.

Falta de memoria.

Habiendo llegado á Annecy cierto religioso, predicador de fama, pidió á S. Francisco de Sales licencia para predicar delante de él. Parece que no era ageno de su pretension el deseo de lucir su habilidad y talento en presencia de un obispo tan distinguido por su mérito; pero Dios castigó bien su orgullo.

Nuestro santo, que no negaba el púlpito, ni cerraba sus oídos á ningun predicador ortodoxo, condescendió facilmente con los deseos de aquel, y asistió en su trono rodeado de sus cánónigos, clero y pueblo á aquel sermon tan estudiado, para el cual no habian dejado de convidar á toda la ciudad muchos amigos del predicador.

Mas el religioso confundido en sus ideas por un secreto juicio de Dios se turbó en tal manera, que despues de hablar un rato con interrupciones sin saber lo que decia, al cabo enmudeció, por no sugerirle su memoria otra cosa mejor que el silencio.

Asi salió extraordinariamente abochornado, y tomó tan á pechos este bochorno, que le entró una melancolía muy cercana del frenesí y de la desesperacion. Decia cosas que estremecian: llegó al extremo de desear la muerte por no poder soportar aquella afrenta: *el qué dirán* le absorvia y mortificaba en tales términos, que no podia pegar los ojos de dia ni de noche. A la pérdida del descanso quiso añadir la privacion de alimento para dejarse morir de hambre; y no pudiendo sus hermanos de religion persuadirle á que

tomara algun sustento, tuvieron que llamar al santo obispo para que le consolara y le obligar á comer.

Nuestro santo que me contó este caso, me dijo que no hubiera discurrido jamás tanta inmortificacion en un religioso de un instituto muy austero. Por fin con mucho trabajo y á fuerza de amenazas de condenacion le resolvió á comer; pero con la condicion de que le prometieran mudar no solo de provincia, sino de nacion, y que le dieran la obediencia para ir á acabar sus dias en Italia.

Sobre esto me dijo el santo que hubiera deseado en aquel religioso menos desnudez corporal y mas espiritual, menos austeridad exterior y mas mortificacion interior. Yo desearia en él, me decia, un poco menos de la ciencia que hincha, y un poco mas de la caridad que edifica, un poco menos de talento y un poco mas de humildad.

N.º 5.

De la imitacion.

Le tenia yo en tanta estima, que me admiraban todas sus maneras de obrar, y me ocurrió el imitarle en su modo de predicar. No por eso se figure nadie que quisiese yo imitarle en la alteza de sus pensamientos, en la profundidad de su doctrina, en la solidez de sus racionios, en la bondad de su juicio, en la dulzura de sus expresiones, en el orden y enlace tan justo de sus discursos y en aquella amabilidad incomparable que sacaba las peñas de su sitio. Nada de esto estaba á mis alcances.

Yo hice como las moscas, que no pudiendo agarrarse á la tersa luna de un espejo se quedan en el marco. Me entretuve, y como vais á oir, me engañé que-

riendo conformarme con su accion exterior, sus ademanes y su pronunciacion: todo esto era en él pausado y lento, por no decir pesado, á causa de su constitucion física que le obligaba á obrar así. La mia era enteramente otra, é hice una metamórfosis tan extraña, que no habia quien me conociese: no era yo: en vez de aquella viveza y prontitud que se veian antes en mí, parecia que me habia vuelto de hielo. Habia estropeado mi propio original por hacer una copia muy mala de aquel á quien queria imitar.

Nuestro santo que supo todo este misterio, quiso aplicar la medicina al mal, y me dijo un dia, despues de andar dando vueltas á la perdiz para asegurar mejor el tiro: «A propósito de sermones hay muchas noticias: me han dicho que se le ha antojado á V. remedar al obispo de Ginebra cuando predica.» Yo rechacé este asalto diciéndole. «Y ¡qué! ¿es tan malo el modelo en dictamen de V.? ¿no predica mejor que yo?»

«¡Ah! replicó, ciertamente vea V. aqui una embestida de fama; pero lo peor es que me han dicho que le imita V. tan mal que no se conoce sino una prueba muy imperfecta, que echando á perder el obispo de Belley no representa absolutamente al de Ginebra; de suerte que seria necesario hacer como aquel pintor que escribia el nombre de lo que queria pintar al pie de las figuras que chafarrinaba.»

«Dejelo V. andar, repuse yo, y verá cómo poco á poco de aprendiz se hace maestro, y al fin sus copias pasarán por originales.»

«Chanzas aparte, replicó, V. se echa á perder y destruye un buen edificio por querer levantar otro contra todas las reglas de la naturaleza y del arte; y luego á su edad cuando haya V. cogido un mal doblez como el camelote, no será facil deshacerle. A mí me cuesta trabajo hallar palabras, y mas aun el pro-

nunciarlas. Soy mas pesado que un tronco: no puedo moverme ni mover á los demas: sudo mucho y no adelanto apenas: V. va á vela llena y yo al remo: V. vuela y yo rastro ó ando como una tortuga; y ahora dicen que pesa V. las palabras, que cuenta los periodos, que arrastra las alas, que se muere y consume á sus oyentes.

N.º 6.

Flores de elocuencia.

En el año 1610 fui convidado para predicar la cuaresma al senado de Saboya en Chambery, que es la capital de la provincia: apenas hacia seis meses que nuestro santo me habia consagrado obispo. Yo no tenia entonces mas que veintiseis años de edad, y conservaba muy fresca la memoria de lo que habia aprendido en las escuelas, principalmente en literatura á que he sido siempre aficionadísimo; de modo que no pudiendo decir sino lo que sabia, no sacaba de los tesoros de mi corazon mas que lo que habia en el arca de mi memoria.

Contaronle al bienaventurado obispo que residia en su ciudad de Annecy, distante siete leguas, que mis discursos eran todo flores y perfumes, que atraian á todos los oyentes como las abejas que vuelan al azucar y á la miel. El, que juzgaba de muy diverso modo y era habil en este arte, me hubiera deseado mas letras divinas y menos humanas, mas espíritu de piedad que expresiones ingeniosas.

Sobre esto me escribió una excelente carta en que me advertia que el olor de nuestros aromas se exhalaba hasta él, y que se parecia á Alejandro, el cual navegando hácia las islas Fortunadas barruntó su proximidad por los buenos olores que el viento agitan-

do la superficie del mar llevaba hasta sus naves. Pero despues de esconder el filo en estos algodones empapados de aceite me clavó la lanceta diciendo que tras de tantos mensajeros diarios que le contaban que nuestro lecho estaba todo cubierto de flores y nuestros muebles eran de cipres y cedro, que nuestras viñas en flor esparcian un olor suave por todas partes, que en nuestro jardin no habia mas que flores, y que por todos lados se reia la primavera, esperaba él otros que fuesen á darle nuevas del estío y del otoño, de la cosecha y la vendimia. Estoy escuchando, decia, *an flores fructus parturiant*. En suma me recomendaba que limpiase mi viña de los pámpanos superfluos de las bellas letras, *tempus putationis advenit*, que la podase y quitase tantas galas extrañas, y que aunque fuera loable destinar los vasos de los egipcios al servicio del tabernáculo, sin embargo debia ser con sobriedad: que Raquel era á la verdad mas agradable; pero menos fertil que Lia: que la interpretacion del Evangelio debia ser conforme al estilo y simplicidad de este: que era preciso guardarse muy bien de alterar la palabra de Dios: y otras muchas lecciones por este orden que me hicieron mucho mas cauto en adelante.

N.º 7.

Alabanza en los sermones.

S. Gregorio dijo muy bien que cuando se alaba al sabio delante, se afligen sus oidos y se atormenta su corazon (1). Asi era nuestro santo. El que abrazaba tan amorosamente á los que le decian injurias, las hu-

(1) *Sapiens dum laudatur in ore, flagelatur in aure, cruciatur in mente.*

biera dicho con gusto al que hacia la menor alabanza de él.

Predicando yo un dia á su presencia en Annecy se me escapó una ligera alusion á su nombre, y dije que era la sal (*Sales*) con que se condimentaba toda la masa de aquel pueblo: se afligió tanto con este elogio, que á la vuelta emprendió conmigo en un tono y con un acento que hubiese sido riguroso si él hubiera sido capaz de hablar asi.

¡V. iba tan derecho, me dijo, y corria V. tan bien! ¿qué le movió á V. á hacer este despropósito? ¿Sabe V. que todo lo ha echado á perder, y que esa sola expresion es capaz de desacreditar todo su sermón? El introducir la palabra de los hombres en la palabra de Dios ¿no es alterar el oro puro de esta y falsificar la buena moneda? Y la alabanza de los vivos ¿no es la palabra de los hombres? Por ventura ¿no está escrito: *No alabes á ningun hombre antes de su muerte* (1)? ¡Buena sal soy yo! Soy una sal insípida y corrompida, que no sirve mas que para tirarla á la calle, y que la pisen los que pasan. Siento que tanta semilla buena se haya sofocado con un puñado de cizaña. Cier-to que si ha dicho V. esto para cubrirme de confusion, ha hallado el verdadero secreto; pero otra vez guarde V. consideracion con sus amigos.»

Le dije para disculparme que me habia venido á la memoria la expresion que una vez le habia dicho el obispo de Saluces, y que se me habia escapado sin deliberacion ni designio.

«Es menester, repuso, que no se escapen semejantes cosas en el púlpito. Bien veo que se le escapó á V.; pero es menester no cometer tales desmanes.»

(1) *Ante mortem ne laudes hominem quemquam* (Eccl. XI, 31).

Acaso desee el lector saber cuál fue el dicho del obispo de Saluces, y voy á satisfacer su deseo. Un dia que caminaba S. Francisco por el Piamonte en peregrinacion á nuestra señora de Montdeay, pasó por Saluces cuyo obispo le recibió con mucha distincion, y le rogó que predicara en su iglesia. Acabado el sermón le dijo el obispo: «Verdaderamente, ilustrísimo señor, *tu sal es* (aludiendo al apellido de Sales), y añadió: *ego neque sal, neque lux* (por alusion á Saluces).»

N.º 8.

Otro elogio en los sermones vituperado.

Cuando iba yo á visitar á nuestro santo á Annecy, que era su residencia ordinaria, pasabamos todo el tiempo en oracion, sermones, pláticas piadosas, visitas de enfermos ó santuarios, porque estos eran sus recreos.

Un dia prediqué en el monasterio de la Visitacion; y sabiendo que asistiría nuestro santo con mucha concurrencia, pensé un poco en el sermón (si he de decir la verdad), y me preparé formalmente.

Mi texto era un pasaje del Cantar de los cantares que apliqué á aquellas religiosas, y de aqui tomé ocasion de hacer un gran elogio de la piedad y devocion de tan santo instituto, cuyas virtudes embalsaman el huerto del esposo celestial.

El discurso pareció excelente á mi auditorio compuesto de buenos saboyanos; pero no juzgó así el santo prelado. Cuando nos retiramos á su casa y estuvimos solos me dijo: «Vaya, hoy ha dejado V. grandemente satisfecha á la gente, que se iba diciendo maravillas del bello y bien peinado panegírico de V. Solo uno he hallado que no estaba contento.»

«Pues ¿qué es lo que yo he dicho, repuse, que ha podido chocarle? No pregunto quién es, porque no me aguija el deseo de saber su nombre.»

«Pero yo tengo, replicó, mucha gana de nombrarsele á V.»

«Pues ¿quién es? pregunté, para procurar contentarle.»

«Si no tuviera yo tanta confianza en V., me respondió, no se le nombraría; pero le conozco á V. demasiado y sé que tiene bastante valor para sufrir esta lancetada ó navajazo. ¿Le ve V. ahí?»

Miré á mi rededor, y no viendo mas que él le dije: «¿Con que es V.?»

«Yo mismo,» repuso.

A la verdad que es muy admirable: turbado de la alegría de mi triunfo, yo hubiera preferido la aprobacion sola de V. á la de toda la concurrencia. Alabado sea Dios: he caido en una mano que no hiere mas que para curar. Pero ¿qué es lo que V. ha reparado? porque sé que por amor á mí no me perdona V. nada.»

«Amo á V. demasiado, me dijo, para adularle; y si de esa manera hubiese V. amado á nuestras hermanas, no se hubiera entretenido en ensoberbecer sus almas en vez de edificarlas, ni en alabar su condicion, de que ya tienen ellas una opinion muy alta y bastante estimacion, sino que les hubiera V. anunciado una doctrina mas saludable, y hubiera sido mas saludable si hubiera sido mas humillante. Este es el defecto de las personas de comunidad, poner siempre su instituto por cima de las nubes, y levantar su condicion abatiendo la de los demas; en lo cual se parecen al fariseo que decia que no era él como los otros hombres. Dios las preserva de esta vanidad, á la que me temo hayais dado entrada con vuestro lindo pane-

gírico. Acuérdesse V. que el aceite del que nos aplaude, nos pierde (1). Sucede con el sustento espiritual como con el del cuerpo: los manjares que halagan son flatulentos, y los flatulentos son vanos á manera de las legumbres. Cuando se predica, es menester ofrecer no un alimento pasajero cuya memoria se acaba con el sonido, sino un alimento que permanece para la vida eterna (2).

«Ademas nunca ha de subir uno al púlpito sin tener un designio particular de edificar algun ángulo de las murallas de Jerusalem enseñando la práctica de alguna virtud ó el apartamiento de algun vicio, porque todo el fruto de la predicacion está en arrancar el pecado y restaurar la justicia. *Enseñaré tus caminos á los inicuos*, decia David al Señor (3), *y se convertirán á tí los impíos.*»

«¿Qué conversion, le dije, habia yo de predicar á unas almas acostumbradas á vencer á sus enemigos, el mundo, el demonio y la carne, y que sirven á Dios en la santidad?»

«Convenia enseñarlas, me respondió, á estar sobre sí para no caer ya que estan en pie, á obrar su salvacion segun el consejo del Espíritu Santo con temor y temblor, y á no dejar de temer hasta por los pecados perdonados. V. nos las ha pintado como unas santas: como que no le cuesta nada canonizar á unas personas vivas. No se han de poner asi almohadas debajo de los

(1) *In misericordiá justus increpabit me; oleum autem peccatoris non impinguabit caput meum* (Salm. CXL, 5).

(2) *Operamini non cibum qui perit; sed qui permanet in vitam æternam* (Joan. VI, 27).

(3) *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur* (Salm. L, v. 15).

codos, ni dar leche á los que necesitan acíbar y agenjos.

«Lo he hecho, repuse, por animarlas y fortificarlas en su santa empresa, porque la alabanza nos sirve de estímulo para avanzar en el bien.»

«Esta máxima, replicó, es enteramente humana y no conviene á la moral cristiana, que nos desprende del amor de nuestra propia gloria, y únicamente nos hace buscar la de Dios.

«Es menester dar ánimo sin exponer aquella persona al peligro de la presuncion y la vanidad. Siempre es mas seguro humillar al oyente que hablar de su condicion en términos pomposos, capaces de infundirle una idea elevada de sí propio. ¡Oh! Bien sé que otra vez pondreis cuidado en esto y hareis lo que dice el salmista: *El justo me reprenderá en su misericordia* (1).

«Será V. fiel á ejemplo del profeta en levantar su voz como una trompeta; ¿y para qué? para reprender sus maldades á la casa de Jacob (2). Asi como hay manchas en la luna, tambien hay siempre algunas que corregir en las sociedades mas perfectas.»

N.º 9.

Fin de la predicacion.

Tambien me hizo otro cargo, ó hablando con mas exactitud, me dió otro consejo caritativo por este ser-

(1) *In misericordiá justus increpabit me* (Salmo CXV, 5).

(2) *Clama, ne cesses: quasi tuba exulta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum et domui Jacob peccata eorum* (Isaias LVIII, 1).